

Los recuerdos actuales

No me siento tan viejo como para dedicarme ya a escribir "mis memorias", supuesto que pudieran interesar a alguien más que a su redactor. Pero el recuerdo suele ser a veces ocasión para reflexiones cargadas de sentido actual. Y evoco entonces mis días de estudiante, allá por el 1930 lejano, que entonces nos parecía una anécdota y hoy vemos como el prólogo de los males que abruma al país.

Es posible que hayamos dicho algunas tonterías en aquellas asambleas estudiantiles, tan bulliciosas. (Evoco ahora ese recinto de libres discusiones que era el salón de actos de la Facultad, o el aula de la cátedra de psicología experimental, escenario habitual de nuestros debates, e imagino cómo habrían de mirarlos los estudiantes de hoy, impedidos de cualquier confrontación democrática a limpia voz y cara descubierta. Evoco esos días en que nos permitíamos expulsar de una asamblea al "consejero estudiantil" Coriolano Alberini, *deus ex machina* de la burocracia docente instalada en la Facultad de Filosofía y Letras. Aquellos eran pésimos tiempos de vida universitaria; ahora es la anulación misma de la vida universitaria). Es posible, insisto, que hayamos dicho algunas injusticias en aquellas asambleas donde Oscar Cortés Conde, tan tempranamente muerto, solía imponer su serena presencia. Nosotros, los jóvenes alumnos de primer año que fundamos el Partido Reformista Izquierda porque nos parecía poco elocvente la gestión del reformismo tradicional (muy sosegado en nuestra Facultad, ciertamente; acaso el más sosegado de todos), incorporamos un factor de inquietud en tales asambleas, hasta entonces serenas y académicas, limitadas en todo caso a la contienda electoral por la dirección del centro de estudiantes. Erwin Rubens me recordaba hace algunos días,

muy amablemente, el tono de nuestras peleas de entonces. "Nuestras peleas" derivaban del hecho de habérsenos ocurrido introducir el tema social en la Facultad: bajar de las abstracciones hasta las materialidades concretas de la existencia cotidiana. Aspirábamos a que la filosofía se manifestara en normas de vida dando decididamente la cara a la realidad angustiada del país. Y en esto ni siquiera éramos demasiado atrevidos puesto que hasta Ortega y Gasset, nada sospechoso de extremismos, reclamaba igualmente una implantación enérgica de la universidad en la actualidad como ejercicio de su "misión"... Sí, no dudo que dijéramos algunas injusticias. ¡Ay de los jóvenes que no las dicen y prefieren condenarse a la temprana resignación para no cometerlas! Pero en ese año de 1930 nos preocupaba sobremanera rescatar las esencias civiles de la vida argentina frente al mito de la conspiración venturosa que cada tanto retorna como los espectros ibsenianos.

1930 es fecha que conviene recordar en estos tiempos de sonoras frases y reiteradas amnesias. También por aquellos días la inquietud cívica sobrepasaba los demás problemas de la conciencia y buscaba a la Universidad como propicia caja de resonancia. Y la Universidad — lo escribió Palacios en una de sus resoluciones como decano de la Facultad de Derecho— no podía circunscribirse, "en la actualidad, y sobre todo en nuestro país", a transmitir simples conocimientos (1).

Había una desazón en el país. Pero ¿únicamente en el país? Nos habíamos empeñado reiteradamente en creernos europeos, en sentirnos fuera de América, sin advertir que estábamos enclavados terceramente en el destino común de los pueblos de América. Padecíamos, como todos ellos, de la misma irregularidad en el desarrollo general, de la misma dependencia frente a los consorcios imperialistas que desde lejos dictaban la política y sostenían a las oligarquías terratenientes. Y nos creíamos "europeos" porque la piel blanca predominaba en las calles porteñas o porque nos mostrábamos atentos a los catálogos de las librerías de París. Pero la República estaba ciertamente inquieta. Los estudiantes recibían los ramalazos de esa inquietud y entre el recitado de la metafísica neokantiana solían mezclarse los ecos de la calle para desarticular la antigua tranquilidad del claustro. ¿Fenómeno argentino? Todo el año 30 nos agitó la batalla contra Hipólito Yrigoyen, hecha en nombre de la democracia y la dignidad universitaria. Pero ese año 30, señalado por conmociones análogas en otras zonas de Amé-

(1) Véase ALFREDO L. PALACIOS: *En defensa de las instituciones libres*, ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1936. Pág. 18.

rica y envuelto en penetrantes vaharadas de petróleo, coincidía con el impacto de la crisis mundial sobre la economía argentina. Hecho grave, muy grave, porque la crisis cíclica del capitalismo se instalaba sobre la estructura anacrónica del país: crisis de coyuntura sumada a crisis de estructura. Un profesor universitario y político de relieve hizo azoradas reflexiones a propósito de las huelgas y agitaciones populares consiguiente (2). Era una faz del problema, la manifiesta insuficiencia democrática de un sistema de representación política que no había alcanzado a ser eficiente porque no había realizado en los hechos la revolución democrática. La intacta estructura anacrónica estaba preparando el regreso de las sombras oligárquicas: terratenientes descontentos por la caída de las exportaciones, empresas petrolíferas amenazadas por el monopolio estatal. Eso apenas si por entonces lo veíamos los estudiantes. Ahora lo estamos viendo mejor; ahora comprendemos que no habrá democracia (verdadera, no simplemente declamada) en la Universidad, y mucho menos en el país, mientras los privilegios económicos de la oligarquía latifundista —la antigua y la nueva: cuestión de hechos y no de nombres propios constituyan el fundamento de su predominio político.

El país estaba inquieto porque advertía que la crisis desajustaba los mecanismos democráticos. Y entonces vimos que algunos antiguos abogados de empresas extranjeras, desplazados del poder, aparecían de pronto como campeones de la democracia en el aura clandestina del motín venturoso. Fueron muchos los estudiantes que de buena fe creyeron en el mito, mientras nacía lo que podemos llamar la teoría del convidado de piedra.

En aquellos días recogimos algunos agravios. ¿Cómo no recibirlos si éramos las ovejas negras en la casi unanimidad universitaria? Nosotros no éramos irigoyenistas. Más aun: arrastrados acaso por cierta jactancia juvenil, juzgábamos con exceso desprovisto de sentido histórico la función social de Hipólito Yrigoyen. Pero nos negábamos, eso sí, a creer en las excelencias del golpe de estado y preveníamos sobre sus funestas consecuencias para el desarrollo de la democracia argenti-

(2) A fines de agosto de 1930, hablando para un periodista uruguayo, el senador Diego Luis Molinari denunciaba los firmantes del manifiesto de la oposición anti-irigoyenista como abogados de las empresas petrolíferas yanquis, y agregaba: "Estamos amenazados por una revolución de las más extremas izquierdas, y los opositores, al atacarnos, no se dan cuenta que tratan de destruir el dique que contiene el agua..." Esa es la verdad, y mientras nosotros aguantemos todo irá bien. Más si abandonáramos el terreno, pronto se verían devorados ellos mismos". No puede pedirse claridad mayor.

na en su conjunto y para el interés de las masas populares en particular. Nuestra voz desentonaba en el coro de entusiasmos estudiantiles (3). Y aunque poco después llegara el desencanto, aunque poco después el gobierno provisional mostrara a las universidades como reducto de la anarquía, aunque poco más tarde comenzaran los destierros, las prisiones, las torturas y las clandestinidades, aunque luego los estudiantes reaccionaran con la dignidad civil que la historia reciente les reconoce, ¿era necesario, sin embargo, haberse prestado a ser coro propicio para la ruptura de una legalidad republicana cuyas consecuencias estamos padeciendo todavía?

* * *

Fué ese el tema de muchas discusiones en aquellos días. Recuerdo que las asambleas estudiantiles introducían un lenguaje nuevo en la Facultad de Filosofía y Letras. Para muchos pareció aclararse entonces —después del alto precio del desencanto— la cuota de responsabilidad que nos correspondía en el destino de la República; algo así como la iluminación, en nuevas condiciones históricas, de aquella “función social del estudiante” que la Reforma anunciara, entre trémolos románticos, en 1918. Muchos alcanzaron a ver que la conspiración venturosa no resolvía los problemas esenciales de la transformación estructural de la República. Y empezaron a sentir la presencia del pueblo, no siempre debidamente computado como agente de la realización histórica de la nación. La teoría del convidado de piedra (inconfesada, naturalmente, aunque practicada con rigor) iba desbaratándose también en esos días, sacudida por la rudeza de los hechos circundantes. No se trataba, ni entonces ni ahora, de ser obtusamente antimilitaristas; pero nos resistíamos a admitir que el pueblo, como organización civil de la República, y nosotros mismos, como parte del pueblo, careciéramos de función real y debiéramos resignarnos a esperar, como “convidados de piedra”, que actuaran y decidieran solamente quienes disponen de la fuerza armada.

Cuando a mediados de 1931 se constituyó la Agrupación de Partidos Reformistas de Izquierda, aquellas enunciaciones, lanzadas con mucho despilfarro metafórico, querían aludir sobre todo a la necesidad

(3) Es útil recordar que el Centro Estudiantes de Derecho creyó necesario dejar pública constancia de que en ningún momento se solidarizó con la actitud del doctor Palacios, que en su condición de decano de la Facultad de Derecho había resuelto no reconocer “una Junta de Gobierno impuesta por el ejército y cuya misión el pueblo creyó que consistiría sólo en la entrega del gobierno a las autoridades constitucionales”. Véase PALACIOS: loc. cit., págs. 19 y sigs.

de acabar con la Universidad prescindente. Deodoro Roca iba a decirlo con frase muy aguda: "El puro universitario es una monstruosidad"... Frente a tamaña monstruosidad se cuadró resueltamente el Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios (1932): la sustancia de sus discusiones fué una apasionada búsqueda de lo más entrañable del país. Se alcanzaba a ver, en efecto, que los males de la Universidad no eran inseparables de los males de la sociedad argentina en su conjunto. Pero hay todavía una admisión del destino autónomo de la Universidad, que es por momentos como el retorno, también registrado de tanto en cuanto, de las ilusiones sobre la función hegemónica de las élites estudiantiles en el proceso renovador de nuestra América. La ilusión se radica, por momentos, en párrafos como éste: "no entiende la Universidad como el organismo del estado para la formación de las clases dirigentes y la cristalización de las verdades normales de la época, sino como un organismo de los estudiosos para transmitir sus conocimiento a todo el pueblo y el laboratorio donde se analicen las ideas científicas, filosóficas, artísticas y sociológicas, con el propósito de dar una cultura en función social para una actuación consciente en las diversas manifestaciones del vivir individual y colectivo". O como este otro: "La misión de la Universidad es... social en cuanto aquella enseñanza se orienta a incidir sobre la marcha y el perfeccionamiento íntimo y formal de la sociedad en que la Universidad actúa" (4). No me parece, sin embargo, que resultara suficientemente subrayado uno de los rasgos típicos de la crisis universitaria. En términos generales podríamos decir que esa crisis derivaba esencialmente del hecho que la Universidad no aparecía como centro unificador de una cultura nacional auténtica. La crisis de la estructura nacional, en definitiva; una crisis que se volvía melancólicamente contra las eficiencias de la cultura. Y la Universidad también entraba —decididamente— en el cono de sombra.

* * *

Digo que muchas de las discusiones en el sótano famoso de nuestra Facultad eran provocadas por la determinación de esa función social del estudiante. ¿Podía seguir alimentando la ilusión de que por un mero acto de cultura le sería dado realizar el proceso real de la emancipación argentina? Nosotros afirmábamos reiteradamente que los estudiantes no constituían una masa social independiente ni homogénea, pero que en las particulares condiciones argentinas podían ser

(4) Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios: **Documentación**, Buenos Aires, 1932. Págs. 21 y 22.

eficiente factor de transformaciones si se incorporaban a un gran movimiento de unidad popular democrática. Siempre dijimos que el mito del motín venturoso (puesta aparte la buena intención de muchos que confiaban en él generosamente) era esencialmente antidemocrático porque dejaba de lado la gestión y la voluntad del pueblo; siempre dijimos, también, que esa postergación del pueblo favorecía ostensiblemente la preeminencia de factores extranacionales, manejados por los monopolios imperialistas que palpitan en la oscura raíz de los motines americanos. Pero los estudiantes ya empezaban a redimirse de la peligrosa ilusión del mito, y pudimos verlos, en esos años en que la más oscura torpeza reaccionaria se apoderaba de la Universidad y asomaba el paso de las "legiones" por las calles de Buenos Aires, convertidos en elementos decisivos de un proceso de acción común entre las fuerzas políticas y gremiales de la democracia argentina. No importa que el proceso no haya llegado a su término, o acaso importe mostrarlo como una experiencia de lo que no fué, o como una certidumbre de que muchos males pudieron evitarse al país si aquella acción común se hubiera manifestado organizadamente. Pero lo que realmente importa señalar es la circunstancia de que la idea del motín venturoso (de aquél que debía traernos la democracia y nos hundió, por el contrario, en el gobierno militar y en la desvergüenza oligárquica del fraude) resultaba reemplazada ahora por la idea más fecunda de la acción civil de pueblo. (5) Acaso nosotros, actores muy directos del episodio, no advertíamos cabalmente que estábamos viviendo el inicio de la gran crisis argentina. El manifiesto del gobierno provisional quería hundir a la Universidad en el profesionalismo sin resonancias culturales, pero también pretendía cerrarla a cal y canto para que no pudiera penetrar el sople de las nuevas filosofías: (6) era el orden feud-

(5) Un ejemplo de esta certeza puede verse en la declaración de la primera convención de estudiantes platenses (12 al 19 de septiembre de 1936): "...proclama la necesidad de reforzar los organismos gremiales del estudiantado, popularizar y encauzar el movimiento que ha iniciado esta Convención en el sentido de la lucha y establecer una sólida unión con todos aquellos sectores organizados de la población que estén dedicados, en el terreno de los hechos, a luchar por reivindicaciones comunes." Esas "líneas de lucha" comprenden, entre otros problemas, el acercamiento de la Universidad al pueblo, la defensa de las libertades democráticas expresas e implícitas, la oposición decidida a la guerra, el apoyo a las reivindicaciones obreras, la lucha "contra el imperialismo económico que amenaza agotar nuestra capacidad productiva y apropiarse de las mejores fuentes de riqueza, coartando el libre desenvolvimiento de las instituciones políticas", y "contra los sistemas de coerción y violencia que ahogan las libertades en nombre de pretendidos dogmas providenciales..." (Véase: **Tercer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios**, Córdoba, 1942. Págs. 17-18).

(6) El 27 de septiembre de 1934 el consejo directivo de la Facultad de Derecho (decano: Clodomiro Zavalla) separaba de su cátedra, sin oírlo

dal que resucitaba, el anuncio de esta Universidad de ahora rebajada en su técnica, tan humillada en su pensamiento que reivindicar esa libertad esencial aparece como el presupuesto casi único de su reconstitución.

* * *

Evoco mis lejanos días de estudiante. Y veo que sobreviven los mitos que ya creíamos muertos, y que otra vez la teoría del convidado de piedra forcejea por instalarse entre las brumas del zarandeado golpe de estado. ¿Y nuestras experiencias, nuestros errores? ¿O es que ya no vale escarmentar en cabeza ajena? Evoco los apasionados diálogos lejanos y su continuidad irremediada en el tiempo argentino. No imaginábamos entonces que esos apasionados diálogos se prolongarían sobre un cuarto de siglo que encierra, ¡ay!, lo mejor de nuestras vidas. Sería triste que no aprendiéramos la lección. Porque, o superamos con el pueblo —activo, no “convidado de piedra”— la crisis argentina, o nos veremos sumidos —¿de aquí a otro cuarto de siglo?— en lamentaciones por lo que no hicimos.

ni permitirle defenderse, al profesor José Peco por “aparecer compartiendo públicamente la tribuna con representantes de organizaciones internacionales que persiguen el aniquilamiento del orden social y la destrucción de las instituciones”. Poco, como se ve, ha cambiado el léxico y los procedimientos... Véase JOSE PECO: *¿Defensa o acusación?*, Buenos Aires, 1935. Págs. 29 y sigtes.